

EINSTEIN Y FREUD¹

La pregunta por la ética en la ciencia

María Cristina Machado Toro²

Resumen

Basado en el interés de dos grandes pensadores de comienzos del siglo XX, Albert Einstein y Sigmund Freud, el presente artículo retoma la pregunta fundamental por la ética en la ciencia, diferenciándola de la ética de "la ciencia" como entidad autónoma, para finalmente hacer un llamado al sujeto y su responsabilidad en el hacer científico.

Palabras clave: Ciencia, ética, responsabilidad, sujeto, psicoanálisis.

¹ El presente artículo es producto de la investigación interdisciplinaria denominada: "Las formas de la resistencia en la época contemporánea", realizada en el año 2010 por el Grupo de Investigación de Psicología, Grupo de Investigación en Familia, Grupo de Investigación Epimeleia y Grupo de Investigación Patrimonio y cultura, adscritos a la Escuela de Ciencias Sociales y a la Escuela de Filosofía, Teología y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín).

² Psicóloga de la Universidad Pontificia Bolivariana. Magister en Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia. Actualmente se desempeña como docente de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana. Hace parte del Grupo de Investigación de Psicología en su línea: Sujeto, Sociedad y Trabajo, de la misma Universidad. Autora del libro. *La función del objeto a y la lógica del análisis* (2008). Medellín. Editorial Universidad de Antioquia.

mariacmachado@yahoo.com

EINSTEIN AND FREUD

The question of ethics in science

Summary

Taking up again the interest of two great thinkers of the beginning of the 20th century, Albert Einstein and Sigmund Freud, this article returns to the fundamental question of ethics in science, as distinct from the ethics of "science" as an autonomous entity to, finally, draw attention to the subject and his responsibility in scientific work.

Kew words: Science, ethics, responsibility, subject, psychoanalysis.

EINSTEIN Y FREUD

La question pour l'éthique dans la science

Résumé

Cet article reprend la question fondamentale sur l'éthique et la science, en faisant la différence entre celle-ci et l'éthique de "la science" en tant que entité autonome, basé sur l'intérêt de deux grand penseurs de début du XXème siècle, pour finalement, faire un appel au sujet et à sa responsabilité dans le faire scientifique.

Mots-clés: science, éthique, responsabilité, sujet, psychanalyse

Recibido: 10/01/11 Evaluado: 25/01/11 Aprobado: 20/02/11

Todo lo que promueva el desarrollo de la cultura, trabaja también contra la guerra.

Sigmund Freud.

Introducción

A menudo nos encontramos en debates académicos donde se expone una supuesta *neutralidad ética de la ciencia*, esto plantea varios interrogantes. El primero de ellos estaría encaminado a cuestionar la noción de *ciencia*; la posibilidad de pensarla no como un proceso sistemático y metódico para la producción de conocimientos, sino como una entidad autónoma, incluso reguladora de estos procesos. La segunda cuestión, estaría dirigida a pensar los efectos que el hacer científico podría acarrear, desprendiendo de allí la pregunta encaminada a indagar por el sujeto sobre quien recae la responsabilidad ética y, desde esta perspectiva, por las consecuencias del hacer científico.

La modernidad se ha caracterizado por tener como emblema la noción de progreso, situando al discurso científico como uno de sus más acérrimos promotores y llegando incluso a convertir a *La ciencia* en el habitáculo donde mora *La verdad*. Con la positivización de la vida, el ser humano pasa, entonces, a responder sus preguntas, acudiendo a un nuevo mito, el mito de la ciencia, el cual fue defendido por muchos argumentando principios racionales de exactitud, verificación, comprobación y universalidad. (Moulines, C.U. 1979).

Sin embargo, el auge de la ciencia en la modernidad no estuvo sólo. El discurso de la ciencia se liga necesariamente a otros discursos, en especial, al discurso del capitalismo, el cual atraviesa todas las esferas sociales tanto a nivel económico como político, ideológico y cultural.

El capitalismo ha generado en sus nuevas formas de intercambio nuevos órdenes sociales, llegando a dominar y a direccionar las formas del progreso. Se avalan, sin lugar a dudas, todos los desarrollos científicos y tecnológicos que puedan servir al régimen del poder, sabiendo que, en algunos casos, este servilismo puede ir en detrimento de la misma especie humana.

Así, la ciencia en la modernidad se constituye en la herramienta fundamental para la construcción de grandes máquinas que en la industria favorecen la producción en serie, lo cual implica el ahorro de recursos, en lo que a tiempo y a mano de obra se refiere; y, del mismo modo, se convierte en la herramienta más poderosa para adaptar a los sujetos, que por su supuesta posición extravagante, enferma o inmoral no son útiles al sistema.

De esta manera, se puede en ocasiones identificar a la ciencia como un ente al servicio de la guerra, al servicio de las grandes potencias económicas, al servicio de la manipulación de la cultura, lo cual implica que esa entidad, que en ocasiones aparece cobrando vida propia, no sea más que un nombre del que muchos se sirven para no asumir las consecuencias de su hacer en tanto seres particulares.

“Todo lo que promueva el desarrollo de la cultura, trabaja también contra la guerra [...]” nos dice Sigmund Freud (1979[1932]: p. 198), refiriéndose a la importancia del hacer científico para el desarrollo de la cultura; sin embargo, ese postulado que Freud sustenta en 1932, hoy en día podemos cuestionarlo al preguntarnos si realmente en el afán de perseguir nuevos hallazgos que puedan dar prestigio y poder a ciertos actores, se pueda afirmar que se está favoreciendo el desarrollo social.

Es paradójico encontrar que en una época que ha sido denominada como la *época de la información*, (Castells, 1998) donde las tecnologías de la comunicación aumentan y se especializan hasta convertirse en prótesis o extensiones de nuestro cuerpo, cada vez más los seres humanos se sumergen en la soledad de lo individual, teniendo cada vez menos acceso al otro y, por ende, cada vez menos acceso a su propio ser.

Por otra parte, en una época que se reconoce a sí misma como la época del avance científico, nos ahogamos en las cifras que marcan el analfabetismo, sabiendo que lo que subyace a éste no es en todos los casos, la pobreza o la falta de recursos para acceder a la educación sino la ausencia de un deseo de saber, motor esencial de todo conocimiento.

El saber, el pensar, el conocer, soportes de la ciencia moderna, han sido suplantados por los métodos y los fines de la cultura contemporánea, sustituyendo el saber por el saber hacer, el pensar por la implementación de la razón instrumental y el conocer por el poder.

Al comienzo de la modernidad, los pensadores se esforzaban en construir alguna respuesta a la pregunta por el origen, tratando de definir y describir lo más claro posible la forma en que se organizaba el Universo. Posteriormente, cuando la ciencia adquiere un estatuto institucional y se comienzan a depurar los saberes, excluyéndolos y jerarquizándolos por niveles de validez, se olvida la pregunta inicial, demonizando así aquello que pudiera considerarse como metafísica.

El conocimiento fue extraído del hacer científico, haciendo surgir un cuerpo acéfalo al que hoy llamamos "la ciencia", ciencia que se reduce a la fabricación de objetos que en lugar de suplir las necesidades fundamentales del hombre crean cada vez nuevas necesidades, lo que garantiza la permanencia de la dialéctica producción-consumo y que, en ocasiones, parece acrecentar los índices de insatisfacción en los seres humanos.

Los seres humanos dejamos de preguntarnos y de sorprendernos ante los estragos que a diario acontecen en nuestro medio, y en su lugar aparece el recurso, siempre disponible, de las vendas del entretenimiento, de la cosmética, industrias del mercado avaladas y apoyadas por los nuevos descubrimientos científicos.

Es así como *La ciencia* aparece como industria, no ya como la matriz productora de conocimiento sino como la industria productora de los objetos del mercado, que se convertirán finalmente en los bienes alrededor de los cuales se organiza la cultura. Estos no son más que los objetos creados, por lo que hoy es conocido como tecno-ciencia, entre los cuales se encuentra el cuerpo mismo.

Los alcances de la ciencia tienden cada vez más a atravesar la frontera de lo que se concebía como posible, ya fuera por sus dificultades de carácter práctico o por las posiciones éticas y morales que algunas instituciones, políticas o religiosas, sostenían y promulgaban dentro de la cultura.

Tras la caída de los grandes ideales y la fragmentación de las instituciones que antes servían como entes organizadores y reguladores del lazo social, los parámetros que ponían límite a algunos procesos científicos desaparecen, dando vía libre a la experimentación y manipulación de la vida humana, así como a la explotación de los recursos en aras del progreso.

Es así como, frente a una realidad construida con los hallazgos científicos y tecnológicos, el ser humano se inscribe en una nueva forma de racionalidad, modos distintos de organizar el mundo de las ideas y el mundo de los valores en un tiempo que no trasciende más allá de lo efímero del instante. Sin embargo, en medio de este nuevo universo algunos siguen teniendo en cuenta la noción de futuro, lo cual es quizás la pieza clave para hacer consistir la pregunta por la ética, implicando a su vez la pregunta por las consecuencias del hacer.

1. *Einstein y Freud*

La relación del psicoanálisis con la ciencia es una relación que ha motivado diversos debates y discusiones, que aun no pueden claudicar debido a la misma naturaleza de los campos. Si bien el campo psicoanalítico se ha definido en oposición al campo de la ciencia, sabemos que el psicoanálisis se gestó dentro del campo científico.

Si retomamos la obra del padre del psicoanálisis, lo que encontramos transversal en ella es su rigor metodológico e investigativo, así como su empeño en la transmisión y enseñanza de los conceptos. Lo cual nos recuerda el ideal mismo de la *episteme* en la antigüedad.

La ciencia, como es entendida en la modernidad, se olvida del sujeto convirtiéndolo en una pieza más del engranaje del sistema de producción. Se pasa del surgimiento del sujeto de la duda, libre y racional, a un sujeto borrado por la racionalidad instrumental. Así, ese sujeto que se inscribe en un ideal de progreso, en su afán de conocer, prever y dominar la naturaleza, se convierte en un autómeta del mismo sistema.

De esta manera la ciencia en la modernidad parece alejarse de su verdadero fundamento, la construcción de conocimiento, con sus fines en el mejoramiento y el desarrollo de la cultura, por lo que se hace necesaria una pregunta crítica que surja desde el interior mismo de la ciencia, la cual permita replantear sus principios y fundamentos.

La apertura a la discusión no la encontramos quizás en ningún otro pensador posfreudiano como en Freud mismo, quien a pesar de tener la tarea de proponer una nueva teoría que sustentara la práctica naciente, no dejó de hacer crítica a las posiciones inquisidoras de la ciencia. De esta

manera es posible encontrar dentro de la obra freudiana textos maravillosos en los que se evidencia esta discusión, que aun hoy no dejan de sorprendernos.

En 1931, la Comisión Permanente para la Literatura y las Artes de la Liga de las Naciones encargó al Instituto Internacional de Cooperación Intelectual que organizara un intercambio epistolar entre intelectuales representativos tratando temas diversos que sirvieran al interés común. Una de las primeras personalidades a las cuales se dirigió el Instituto fue Albert Einstein, quien eligió como interlocutor a Sigmund Freud.

El 30 de Julio de 1932, Einstein escribe a Freud una carta donde plasma la preocupación que, según él, era el más imperioso problema que la civilización debía enfrentar. “¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra? ¿Es posible controlar la evolución mental del hombre como para ponerlo a salvo de la psicosis del odio y de la destructividad?” (Freud, 1979[1932]: p.183.) Esa última pregunta que Einstein trae en su carta es quizá la puerta de entrada para un debate sobre la posición ética de la ciencia. ¿Hasta dónde la ciencia puede llegar en su desarrollo? ¿Es posible frenar el rumbo que ella misma traza en sus avances? ¿Sería mejor negarse a conocer, a descubrir, a tratar algunos temas que plantearan posibles riesgos a la humanidad?

Para un científico como Einstein estas preguntas no fueron ajenas, él plasma en esta carta su preocupación por las consecuencias del avance científico, aquel dentro del cual estaba inmerso y que incluso llego a liderar. Su preocupación por los estragos de la guerra entre las naciones no era ajena a sus descubrimientos, como tampoco le era ajeno ser portador de un *Genio* que podía convertirse fácilmente en un “*genio maligno*”. Ese “genio astuto que tiende lazos a mi credulidad [...] que emplea su poder en engañarme [...]”, como dijera Descartes (2001: p. 64), no es ahora un genio que extravía la razón, sino la razón misma, sus alcances, sus vicisitudes.

¿Hasta dónde se puede llegar? Hasta dónde puede llegar la razón como un caballo desbocado que pierde sus riendas y que tal vez nos horroriza, no por extraviarnos o engañarnos sino por enfrentarnos a un mundo que tal vez no sería preciso descubrir. Sin embargo, tanto Freud como Einstein, desde sus diferentes campos de saber, coinciden en que quizás es imposible taparse los ojos ante un sol que deslumbra y que, sin lugar a dudas, puede llegar a calcinarnos.

Einstein, desde su campo científico avizora los alcances de un descubrimiento cuyos efectos van desde el saber sobre los átomos hasta la devastación en naciones enteras. Freud, desde su campo psicoanalítico prevé las consecuencias de desnudar la intimidad pulsional del hombre, lo que implicó para algunos desresponsabilizar al sujeto por su determinación destructiva.

Ambos toman un camino, siguiendo esos cinco principios que en palabras de Bunge (1986: p. 35) guían la actividad científica: “Honestidad intelectual, independencia de juicio, coraje intelectual, amor por la libertad y sentido de justicia”. Y sin ser dogmáticos, ambos con un reconocido amor por la verdad, se niegan a renunciar a la producción de conocimiento sin dejar de advertir los peligros que sus creaciones podrían traer si fueran puestas al servicio del *poder*. En este caso tanto en Einstein como en Freud es posible encontrar una respuesta a la pregunta por la ética en la ciencia, más que una respuesta a la pregunta por la ética de la ciencia.

La ética es finalmente un asunto que toca al sujeto, el sujeto en sus acciones y en las respuestas que puede tener frente a estas. La ciencia no es más que una acción propia del hombre y como tal debe asumirse desde una posición particular.

Es difícil pensar que haya una posición ética que pueda llamarse neutral, ya que toda acción que parte del hombre implica a otros hombres. Una acción siempre conlleva a una segunda acción como repercusión lógica; no hay uno absoluto, no hay uno sin dos, como no hay hombre sin otro, ni acción sin reacción.

Esto significa que necesariamente el sujeto que hace ciencia está implicado de manera directa no sólo en su hacer sino en el ser de cada una de sus acciones.

Unas de estas acciones, podríamos decir, están presentes en el acto de conocer, el acto de probar, el acto de transmitir y el acto de prever. “El contenido del conocimiento científico es éticamente neutral [...]” ya que la ciencia no se ocupa de valores sino de hechos, nos dice Bunge, (1986: p. 22), pero, ¿qué hay de sus métodos, sus predicciones y de la manera en que a veces estas son acalladas?

2. ¿Ética de la ciencia o ética en la ciencia?

Como se ha desarrollado anteriormente, pensar en la ética de la ciencia supone pensar en un estamento que podamos denominar *La Ciencia*. Un estamento autónomo capaz de dirigir sus acciones y responder por éstas; sin embargo, aunque existan comunidades científicas, la ética seguirá siendo un asunto que compete a cada sujeto.

No hay una legislación normativa creada como estamento regulador que sea capaz de controlar y direccionar los alcances de la ciencia. Tanto Einstein como Freud lo advierten en su epistolario, así como Bunge en su texto *Ética y ciencia* (1986), las instituciones creadas por seres humanos fácilmente son presa de intereses particulares de poder, lo que lleva normalmente a su corrupción.

¿Quién puede dictaminar hasta donde se puede llegar? Sólo las leyes que, se supone, intentan preservar la vida del hombre, su medio y su convivencia con otros hombres, sabiendo que en la historia del pensamiento se ha intentado resolver la cuestión por la acción moral sin encontrar más que propuestas que algunos pocos pueden asumir en su propio actuar.

Es difícil pensar el avance científico sujeto a ciertos cánones morales impuestos por cualquier ideología ya sea religiosa, filosófica o política (Braunstein, 1989), pudiendo ver que si ellas en algún sentido preservan la condición humana, en otros aspectos podrían truncar muchos desarrollos que quizás favorecerían al mismo hombre.

La mayoría de propuestas morales, códigos deontológicos y constitucionales, tienen de antemano el interés de defender la ideología de unos cuantos, de una cultura en una época particular y, por lo tanto, se vuelven excluyentes y en algunos casos violentos contra el sujeto y su hacer.

Por este motivo, muchos de los avances científicos se revelan en la historia como efecto de la trasgresión y de la rebelión de aquellos que son tildados de herejes, locos, visionarios, a-científicos. Sólo cuando el imperio cae, salen a la luz como grandes descubrimientos, hallazgos que se creía podían poner en riesgo a la humanidad, pero ¿realmente es el riesgo para la humanidad o el riesgo para aquel que quiere conservar el poder a cualquier precio?

Esto nos lleva a pensar, efectivamente, que el avance científico no puede estar circunscrito a las normatividades morales de colectividades particulares, lo cual no quiere decir que los científicos

estén exentos de responsabilidad frente a los efectos que pueden tener sus hallazgos. El hacer ciencia lleva implícito una propuesta ética, como diría Bunge: “La ciencia es una fuerza moral a la vez que una fuerza productiva [...]” (1986: p. 37). La ciencia como acción del hombre y la ciencia como producto o resultado marcan el rumbo de la cultura. La ciencia crea cultura, la ciencia forma y deforma ideologías, pensamientos y creencias. La ciencia impone formas de valor, crea nuevos hombres y de eso no puede escaparse fácilmente.

Bajo el rotulo de *La Ciencia* los sujetos que se ocupan de ésta se escabullen, como se escabullen los sujetos detrás de grandes ideologías, pero es quizás la pregunta por la ética, la que nos vuelve a recordar que los grandes ideales consistentes y los grandes emblemas de saber no existen más. *La ciencia* es el emblema del progreso; sin embargo, cada vez son menos los productos que realmente contribuyen a un bien común (Camps, 1999), cada vez al servicio de grandes potencias se crean más objetos para un mercado de banalidad y se da la espalda a la pregunta por las necesidades humanas.

La ciencia se convierte fácilmente en una empresa homogenizadora de elementos, una máquina que cuenta y entrega datos estadísticos al servicio de las “mayorías”, que realmente se reducen a unos cuantos sobre los cuales recae el poder político y económico de las naciones.

La ciencia es una entidad creada como fachada, uno de tantos escenarios que en nuestro tiempo deslumbra albergando en su interior solo vacío. De esta manera, *La Ciencia* es la máscara más atractiva para las instituciones en su búsqueda de prestigio.

En su afán de eficiencia, utilidad, pragmatismo, en su afán de borrar el margen de error, *La Ciencia* excluye radicalmente a su creador, se olvida del hombre y su ser radicalmente imperfecto. *La Ciencia* excluye al sujeto, pues sabe de antemano que en él no encontrará más que el error, pretende hablar en cifras pues sabe que en el discurso del sujeto solo hallará malentendido. En definitiva, puede proponerse que *La Ciencia* no quiere saber realmente del sujeto, pues será este mismo quien desmienta su estructura.

La Ciencia, por lo tanto, no existe, aunque su fantasma siga teniendo efectos en la sociedad. En su lugar están los sujetos que realmente creen en el avance del conocimiento, los sujetos que crean y se arriesgan a seguir pensando y a explorar, los sujetos que portan ese “genio” que

impulsa a seguir mirando el firmamento y a seguir preguntándose por las causas de la existencia. Los sujetos que construyen saber y algunos que lo comparten, los sujetos que se ponen al servicio de otros para lograr fines mezquinos o grandiosos y los sujetos que antes de venderse a los poderes de turno se preguntan por las consecuencias que su hacer puede tener en el mundo, desenmascarando, si es necesario, “los mecanismos de opresión y de explotación sobre los cuales está fundada nuestra sociedad” (Levy-Leblond, 2008).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Braunstein**, N. y otros. (1989) *Psicología, ideología y ciencia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bunge**, M. (1986) *Ética y ciencia*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Camps**, V. (1999) *Las paradojas del individualismo*. Barcelona: Crítica.
- Castells**, M. (1998) *Era de la información. Economía, sociedad y cultura* (2ª ed.). Madrid: Alianza.
- Descartes**, R. (2001) *Meditaciones metafísicas*. México: Porrúa.
- Freud**, S. (1979) “¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud)”. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XXII). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1932).
- Levy-Leblond**, J.M. (2008) “No, la ciencia no es neutral.” En línea: <http://ggalileo.blogspot.com/2008/11/la-ciencia-no-es-neutral-levi-leblond.html>
- Moulines**, C.U. (1979) “La génesis del positivismo en su contexto científico.” En línea: <http://www.ub.es/geocrit/geo19.htm>